

## Ciudad Pánico. El afuera comienza aquí

**Paul Virilio**

Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2006, 140 páginas

Marina Acosta

De la euforia que caracterizó a los finales del siglo XIX a los primeros años de este siglo, el mundo asiste al espectáculo alarmante del pánico que parece manifestarse a lo largo y ancho del globo. Occidente comienza a conocer los efectos del terrorismo fundamentalista y militar; las armas de destrucción masiva; la construcción del Eje del Mal y la cruzada contra Oriente que parece dividir al mundo en dos polos irreconciliables; las migraciones masivas; la conquistas de territorios vía la doctrina de la guerra preventiva; el cambio climático; las epidemias de enfermedades; los efectos de la siempre presente globalización y el impacto que ésta tiene en un Estado que a estas alturas ya se ve desbordado por las constantes crisis que provocan estos y otros fenómenos.

El progreso se convierte en peligro, el miedo —parafraseando a Enrique Gil Calvo— se vuelve el mensaje y la ciudad, como piensa Paul Virilio, escenario privilegiado de las desestructuraciones y sucesivos desastres. Aquella ciudad que adquirió estatus de ágora, hoy es blanco de ataque donde se cruzan la política y la guerra.

No es aleatorio que Virilio elija comenzar la serie de seis ensayos que componen su último libro con una cita de Walter Benjamin. En efecto, como

se sabe, el inspirador de la Escuela de Frankfurt tuvo una constante preocupación por el problema de la ciudad. Una ciudad distinta, con características diferentes a las que describe Virilio.

Tampoco es fortuito que el título del primer ensayo sea “Tabula rasa”, pues se trata de mostrar cómo las ciudades son destruidas. Es el caso de Nantes, la ciudad de su adolescencia, bombardeada en 1943; incluso París, su lugar de nacimiento, bajo el urbanismo haussmanniano vive la contradicción de la belleza de las plazas y los proyectos de edificación del asilo de Sainte-Anne y de la prisión de la Santé. Pero también de Hiroshima y Nagasaki que se convierten en ciudades del terror nuclear.

En el segundo ensayo, “La democracia de emoción”, Virilio describe el papel de los medios en la construcción de la sociedad del miedo. El autor insiste en la idea de que la democracia de la emoción, formateada por los *media*, reemplaza a la democracia de opinión que a su vez fagocita la democracia representativa de los partidos políticos. El resultado: la representación política desaparece en la instantaneidad de la comunicación, en beneficio de una cruda y desnuda presentación de acontecimientos.

El tercer ensayo, “Kriegstrasse”, gira en torno a la problemática de la guerra (*Krieg*) y las poblaciones conmovidas por las *imágenes instrumentales* y las *granadas paralizantes* del terror televisado, que borra los límites de las categorías espacio temporales. En la era de los medios, lo políticamente correcto es arrasado por lo *ópticamente correcto*. La sensibilidad acostumbrada a los bombardeos informativos se vuelve indiferente al horror y a la brutalidad de las guerras y sólo puede ser despertada con más excitación.

“El accidente del tiempo” es el título elegido por Virilio para abrir su cuarta reflexión. El autor trabaja dos conceptos interesantes: la *claustrópolis* (que reemplaza a la *cosmópolis*) en la que la *forclusión* aumenta con la marginación del extranjero que amenaza la serenidad del hábitat metropolitano; y la *metropolítica* que marca el ocaso de la geopolítica reemplazada, ciertamente, por una política restrictiva de población urbana.

En el ensayo que da nombre al libro, “Ciudad pánico”, el autor sostiene que el miedo (elemento básico de lo fantástico) se reactivó el 11 de septiembre de 2001 tras la caída de las Torres Gemelas. Pero no fue sólo Nueva York la ciudad atemorizada, después vino la milenaria Bagdad (tras el desembarco

de las tropas aliadas a los Estados Unidos) y hasta Hong Kong y Pekín se levantaron miedosas ante el avance despiadado de la neumonía atípica.

Virilio sentencia, entonces, que la catástrofe más grande del siglo XX ha sido la ciudad; que los lugares de las guerras se desterritorializan de los campos de batalla y aterrizan, haciendo blanco, en las ciudades donde no hay ejércitos sino civiles. Por lo tanto, la guerra se vuelve *guerra contra civiles*.

Finalmente, en el ensayo “El crepúsculo de los lugares”, el autor juega una vez más con las categorías espacio-temporales. Más aún, insiste en la idea de que en estos tiempos de crisis, es el tiempo el accidentado, y la percepción consecuente es la de una eterna presentación de un viaje sin desplazamiento, una eterna simultaneidad donde lo de adentro es lo de afuera, como en los desiertos. Por eso, *el afuera comienza aquí*.

Al final de la lectura, se puede pensar, en efecto, que la escenografía arquitectónica que enmarca ese escenario textual presentado por un Virilio preocupado por la actual situación política, social y económica a la que ha conducido el progreso, bien podría hacer aquella máxima, breve y contundente, que hace tiempo enunció el barón de von Clausewitz: la política es la continuación de la guerra por otros medios.